

**RESPUESTA DEL OBISPO DE PUEBLA A MIGUEL BRAVO
SOBRE SU PARECER RESPECTO AL *MANIFIESTO***

EL OBISPO DE PUEBLA A MIGUEL BRAVO

PUEBLA, OCTUBRE 26 DE 1811¹³⁶

He recibido el papel de usted de 10 del corriente, que me dirigió por conducto del cura de Tlapa, y su contenido me ha llenado del más vivo dolor y sentimiento, porque por él veo el extremo de ceguedad a que han llegado los que signen la mala causa de la insurrección. Yo creía, que solamente por una preocupación, o por una exaltación de las pasiones podía abrazarse un partido, que por todos sus aspectos es contrario a Dios, a su santa religión, a la justicia, a la patria, y al rey; y así entendía, que en los momentos de calma, no podían resistir los impulsos de su conciencia, y conocer la irregularidad, o injusticia de sus procedimientos; pero por la representación de usted veo, que obran mal, y creen que hacen bien, queriendo cubrir sus acciones con la hermosa capa de la religión, que siendo santa por su divino autor, santa por sus medios, que son los sacramentos, y santa por su fin, que es la santificación de las almas, no puede proteger, ni amparar sino lo que es bueno y santo.

¿Y pueden ser santas las acciones de los que siguen la insurrección, que son matar y robar a los europeos, y a los que no lo son, y cometer otros excesos? Para conocer la maldad esencial, que contienen estos procedimientos no se necesita ser un grande teólogo, basta saber la doctrina

¹³⁶ Hernández y Dávalos, *Colección*, III-121.

cristiana, en la que están expresos los preceptos que prohíben tales acciones.

Se pretende cohonestarlas con que los europeos oprimen a los americanos, les quitan los empleos, y les causan otras vejaciones. Quiero conceder que estas especies sean ciertas, ¿pero qué por esto ya es lícito causarles los daños que les están infiriendo los que dicen que defienden la causa de los americanos? ¿Es lícito en nuestra religión hacer mal a los que nos persiguen? ¿No nos manda volver bien por mal? ¿Jesucristo, su adorable autor y nuestro redentor, no nos enseñó con su ejemplo esta doctrina, que han practicado y practican, no solamente los santos que adoramos en los altares, sino muchos cristianos que procuran serlo en la sustancia, y no en el nombre?

Entre los europeos hay buenos y malos, lo mismo que entre nosotros los americanos; querer persuadir que todos aquellos son malos, es un error. Los hay y ha habido muy buenos, y la América les debe estar muy agradecida por, los beneficios que ha recibido de ellos. Plantaron la fe en este continente a costa de muchos riesgos, trabajos, y fatigas; enseñaron no solamente las letras, sino también las artes aun las más mecánicas; fundaron con sus propias rentas muchos colegios, conventos, hospitales, y otros establecimientos de pública utilidad; últimamente, el estado actual de la América es obra de los europeos, que son nuestros padres, a quienes debemos el ser, y es por lo mismo un extremo de ingratitud aborrecerlos, y más en aquéllos, que por beneficio de Dios son limpios, y de un nacimiento ilustre como usted y los de su familia, que si no tuvieran aquel origen no serían lo que son.

Me dice usted en su citada representación que envíe ministros idóneos, enemigos de la seducción, adherentes a la paz, e indiferentes al sano sistema de nuestra inomitible guerra. Debo, como obispo que soy, aunque indigno, decir a usted para su desengaño, que si los ministros han de ser

idóneos, lo han de ser, como decía el apóstol San Pablo, ministros del Nuevo Testamento; esto es del Evangelio, predicándolo y enseñándolo; y si predicán esta doctrina ¿no han de impugnar lo que hacen ustedes los que dominan en Chilapa? El Evangelio nos enseña, que demos al Cesar lo que es del Cesar; y ustedes quieren quitar este reino a su legítimo dueño el señor don Fernando VII, a quien hemos jurado por nuestro rey y señor natural; y aunque los jefes de la insurrección dice que ya no existe, es una falsedad que han extendido para engañar a las gentes sencillas, y atraerlas a un partido inicuo. Aunque el rey hubiera muerto, tiene hermanos y parientes, que según las leyes fundamentales del reino deben sucederle, y nosotros reconocerle. En el Evangelio se dice que nuestro Señor Jesús Cristo pagó el tributo al Cesar para enseñarnos con su ejemplo a obedecer los mandatos de los reyes, y satisfacerles sus derechos o impuestos; y ustedes no sólo no le pagan algunos al rey, sino que le quitan los que otros han pagado, tomando el dinero, y los efectos que hay en las oficinas reales.

El Evangelio nos manda no sólo no derramar la sangre de nuestros enemigos, sino ni aborrecerlos, ni inferirles el menor daño, y sí hacerles bien; y los que siguen la insurrección matan a sus próximos y hermanos los europeos, que no les hacen daño alguno; y aun cuando se los hubieran causado, no debieran corresponderles con unas injurias tan atroces como las que han ejecutado en ellos.

Pide usted que los ministros que envió sean enemigos de la seducción; esto quiere decir, que sean enemigos de usted que son los engañados y seducidos por ese desgraciado sacerdote de Morelos, que si Dios le diera un pequeño rayo de luz para conocer la multitud de culpas gravísimas que ha cometido, y los daños incalculables que ha causado a su patria, se moriría de dolor. Repito, que ustedes son los engañados, y para que lo conozcan, no tienen que hacer más

que esta reflexión. Los obispos europeos y americanos, los cabildos eclesiásticos, que en la mayor parte se componen de criollos, los curas de letras y virtud, los otros eclesiásticos adornados de las mismas cualidades, y todos los hombres de bien amantes a su patria, aborrecen, y detestan la insurrección, a sus secuaces, y principalmente a sus autores.

¿Y quiénes han sido éstos? Por Valladolid el cura Hidalgo: un hombre de mala conducta, jugador, escandalosamente entregado a los criminales placeres de la carne, que quebró varias ocasiones, y sobre todo, hereje. A éste le siguieron otros perversos, que abrazaron la insurrección por negocio para robar y salir de su miseria con los bienes que otros habían adquirido lícitamente por su honrada conducta, y aplicación al trabajo. Éstos con su jefe engañaron a otros con promesas de empleos y felicidades imaginarias, que nunca se verificaron ni podían verificarse. Lo que hicieron fue perderlos y arruinarlos para siempre, a unos, porque los abandonaron en las batallas, huyéndose con anticipación los cabecillas, y quedaron muertos; a otros, porque los violentaron para que les acompañaran, y el premio que han tenido unos ha sido la muerte en un patíbulo, otros el destierro y la confiscación de sus bienes.

Por la parte del sur envió aquel mal sacerdote en calidad de apóstol de sus inicuos proyectos a Morelos, ese hombre sin letras, y abandonado de Dios, que ha practicado las cosas más horrorosas, como celebrar sin licencia misa en esta diócesis, administrar sacramentos, estando irregular y excomulgado, y haberse separado de su diócesis sin licencia de su prelado, por cuyo solo hecho está ligado con la censura reservada, que impuso el concilio mexicano. Está ligado con otras muchas, como a su tiempo lo publicaré para desengaño de los ignorantes, y para que se remedien los gravísimos daños espirituales que ha causado ese hombre, que debiendo ser por su santo ministerio sal de la tierra, ha sido corrupción

de ella; debiendo ser por lo mismo ángel de paz, ha sido el perturbador de los habitantes de esos países que los ha puesto en guerra con Dios, con los hombres, y consigo mismos.

Los que no están por la insurrección tienen a su favor a los obispos, a los cabildos, a los curas de ciencia y virtud, a los eclesiásticos de buena conducta, y a todos los hombres de bien. Por el contrario los que siguen la insurrección, no tienen a su partido sino unos cuantos malos sacerdotes, y otros sujetos de mala reputación, y si hay algunos cuantos hombres de bien, como usted y sus hermanos, es porque los ha engañado el hipócrita de Morelos, y por esto me ha sido más sensible el que ustedes lo hayan seguido, adocenándose con gente de un nacimiento vil y oscuro, y de mala conducta. Supuesta esta verdad, diga usted ¿quiénes son los engañados y seducidos, los insurgentes que siguen una empresa bajo la dirección de unos hombres sin concepto público, o los que obran con aprobación de los obispos, a quienes ha puesto el Espíritu Santo para regir y gobernar a la iglesia? ¿Los que obran baso la dirección de unos curas sabios, virtuosos y celosos, o los que siguen los consejos de un sacerdote delincuente, y excomulgado?

Pide usted ministros adherentes a la paz, pues si han de ser adherentes a la paz, la han de predicar en el púlpito, y la han de aconsejar en el confesionario a los soldados que siguen el partido de la insurrección que son los que han alterado la paz. Viviríamos en la más tranquila, si Morelos no hubiera levantado el grito de la rebelión, y con falsas promesas y vanas felicidades no hubiera seducido a tantos sencillos, que lo han creído por el carácter de sacerdote, y cura, sin considerar, que otros curas, y otros sacerdotes de virtud y letras enseñan todo lo contrario de lo que dice Morelos. Si los ministros de mi diócesis, como se los tengo mandado, han de predicar la paz; han de exhortar a los insurgentes a que dejen

las armas, a que se vuelvan a sus casas, a que desistan de una guerra injusta, a que reconozcan al rey y a los jefes que nos gobiernan en su real nombre. Morelos, y sus soldados han sido los agresores, ellos comenzaron por la parte del sur esta guerra tan injusta, como destructora; los soldados del rey no han hecho más, que resistir y oponerse a unas pretensiones contrarias a la razón y a la justicia. Con que si se quiere la paz, ésta no puede establecerse de otro modo, que desistiendo ustedes de su intento.

Llama usted sano el sistema de la guerra que sostiene, y esta expresión manifiesta el grado de ceguedad en que se halla usted ¿Puede ser justa una guerra contra unos ciudadanos a quienes estamos unidos por los vínculos de la caridad, de la religión, y de la patria? ¿Puede ser justa una guerra declarada sin motivo ni causa racional? ¿Puede ser justa una guerra en que se falta a la fidelidad jurada a nuestro legítimo soberano, en que se matan y roban a los ciudadanos sin otro delito, que haber nacido en otro país, en que se talan los campos, y en que se arruina todo el reino? Lo que puedo asegurar a ustedes es que lo tengo por incapaz de absolución sacramental mientras permanezca en la guerra en que está empeñado; vea ustedes si ésta será un sistema sano.

Dice usted que a los ministros nada les importa la insurrección. ¿Con que los sacerdotes nada tienen que ver en los pecados públicos y de tanta gravedad como son los que se causan por la insurrección? Sepa usted que los sacerdotes son los maestros de la ley que deben enseñar a los fieles lo que es bueno, y lo que es malo, para que sigan aquello y se aparten de esto. Son los médicos de las almas para curarlas de las enfermedades que son las culpas, y no pueden cumplir con este noble destino, sino aconsejando a los pecadores lo que les conviene para su eterna salud. Son las trompetas de la casa de Israel para anunciar lo verdadero y lo falso. Son los perros de la viña del Señor para ahuyentar a los que pretenden

destruirla, que no son solamente los herejes, sino también los pecadores. Pues si la insurrección es una enfermedad, es una senda que conduce a la perdición, es una cosa intrínsecamente mala, y es un prestigio de que Satanás se ha valido para seducir a las almas, y perderlas para siempre, y los insurgentes unos enemigos que talan la hermosa viña de Jesucristo; ¿pueden callar los ministros y mirar con indiferencia estos males? Si tal hicieran serían perros mudos, serían traidores a su sagrado ministerio, se harían cómplices de culpas gravísimas, y algún día tendrían que exclamar llenos de remordimientos ¡ay de nosotros porque callamos!

Dice usted que no es de la inspección de los ministros la causa civil y popular. Esto es cierto, cuando la causa civil y popular no es contraria a la salud de las almas, a la tranquilidad pública, a la patria, al rey, y a la religión. Contra todos estos sagrados objetos se dirige la insurrección, que ha causado tantos males, como si los franceses hubieran venido al reino. La religión se acabaría aquí, si Dios, como espero, no contuviera el torrente de la insurrección; porque no hay religión de Jesucristo cuando se roba, se mata, se pervierte el orden, no se respetan las autoridades espirituales y temporales, se persigue a los ministros, se confunden las jerarquías, y reina la anarquía, el desorden, la crueldad que son consiguientes al desenfreno de las pasiones.

Yo he mandado a mis curas que no se ausenten de sus parroquias, y así lo han cumplido muchos. Otros intimidados han huido, porque se ha ofrecido dinero por su cabeza, como por la del cura de Chilapa a quien han despojado de su ropa, de sus libros y papeles, y de todo cuanto tenía, dejándolo en la mayor miseria. Igual suerte ha corrido el de Tixtla, cuya casa fue saqueada cuando los insurgentes entraron en aquel pueblo. Si los insurgentes respetan a los sacerdotes ¿cómo no respetan sus propiedades? Si los respetan, ¿cómo aprehendieron con tropelía a los curas de Ayutla y Cuilutla?

¿Cómo tienen al primero, que es un sujeto muy recomendable por su humildad, desinterés y notoria virtud, separado desde enero de sus ovejas, y tan miserable que no tiene con que cubrir sus carnes? Si los insurgentes respetan a la religión ¿cómo han despojado a la parroquia de Tixtla de la custodia y se la han llevado a Chilpancingo? ¿Cómo han extraído de los archivos de los curatos los libros y los otros papeles necesarios para muchos objetos importantes?

Si los vecinos fieles miran como herejes a los sacerdotes que acompañan a los insurgentes; de esto puede usted inferir, el concepto que tienen de la insurrección, del odio con que la miran, del fruto que se puede esperar de ella, y conocer la injusticia con que se les obliga a que la abracen. Suponga usted que la independencia, o el fin que se hayan propuesto los insurgentes, es el más útil y ventajoso; pero si los pueblos no lo quieren ¿no es una tiranía obligarlos a ello? ¿Si yo precisara a usted contra su voluntad a una cosa temporal, que me pareciera útil, no diría usted que yo era un injusto y un tirano? Pues los pueblos dicen: la insurrección será todo lo que se dice, pero nosotros no queremos seguirla.

Si los fieles vecinos dicen, que los sacerdotes que se han quedado con los insurgentes son herejes, no les falta fundamento, porque si no predicán contra ella, si la aprueban, si dicen que es conforme a la religión de Jesucristo, si administran los sacramentos a los insurgentes que voluntariamente permanecen en la mala causa; yo también digo que son profanadores sacrílegos, cismáticos y herejes.

Yo no puedo enviar ministros que desengañen en el sentido en que usted se explica. Yo como obispo, como vasallo fiel de mi adorado rey, por cuya justa causa estoy pronto a derramar mi sangre, y como americano que soy, y muy amante a mi patria, que veo arruinarse por la insurrección, no he de enseñar sino lo que conozco en mi conciencia que es evidentemente conforme a la religión, a la

fidelidad, y al amor a la patria; esta misma doctrina han de predicar mis buenos curas, como lo han hecho hasta aquí, y primero muera yo que faltar a mis obligaciones. En cumplimiento de ellas digo, que la insurrección es contraria a la religión, a la justicia, a la caridad, al orden social, y que lejos de ser útil a la América, la va arruinando en términos, que dentro de breve, esto será un desierto.

¡Qué dolor! Si los franceses hubieran pisado este suelo, y lo hubieran devastado, sería sensible; pero que sus mismos hijos lo hayan reducido a un estado tan infeliz como el presente, es cosa que no se puede considerar sin que vengan a los ojos torrentes de lágrimas, y sin que el corazón se haga pedazos. Yo no veo por todas partes sino destrozos que ha causado la insurrección: familias fugitivas, que teniendo antes abundancia, viven ahora en la miseria; sacerdotes descarriados y separados de su amada grey; viudas vestidas de luto llorando la muerte violenta de sus queridos esposos; huérfanos que gimen por el desamparo en que los dejó la insurrección, que les sacrificó a sus amantes padres.

Sí, señor don Miguel, esto es lo que veo, lo que siento y lo que conozco que me va a quitar la vida, porque no puedo sobrevivir a la ruina de mi amada patria ¿Y cuál es el origen de tantos males? El cura Hidalgo: éste ha sido la serpiente que engañó a los americanos, y los ha precipitado en un abismo de males, que ellos mismos no conocen. Tenga usted siempre presente lo que voy a decir: aun cuando la insurrección llegase a triunfar, los americanos serían infelices, ya porque ellos mismos se destruirían enteramente al establecer el gobierno que hubiera de suceder a éste; ya porque las naciones extranjeras, que no tienen humanidad ni religión, viéndolos aniquilados por las guerras intestinas, los vendrían a sojuzgar, e imponer el más pesado yugo. Cuento usted con que los americanos, que trabajan en favor de la insurrección,

están formando las cadenas con que han de ser atados para gemir en la más dura esclavitud.

De estos males podríamos todavía librarnos, si calmando prontamente la insurrección, se restituyera el antiguo orden y tranquilidad. Usted y sus hermanos podían contribuir a este importantísimo y santísimo objeto, cuya consecución sería del agrado y servicio de Dios, y un beneficio inexplicable para la patria, que la llenara de gozo y consuelo. Éste sería el único arbitrio para que usted y sus hermanos se limpiaran de la mancha que han echado sobre su buena reputación, y sobre el esplendor de su cuna, el cual será indeleble, si usted deja pasar esta ocasión; porque aun cuando se mudara el gobierno actual, el que le sucediera miraría a ustedes con desconfianza, pues el que había sido traidor en el primero, no sería difícil que lo fuese en el segundo.

La insurrección solamente puede ser útil a los hombres viciosos, que no tienen de que subsistir, y que mal avenidos con su extracción humilde, pueden en el trastorno y desorden de la variación hacer fortuna, colocarse sobre un puesto que no merecen, y adquirir bienes para cebar sus pasiones; pero unos sujetos como ustedes no necesitan de estos medios ilícitos para vivir con honra, estimación y aprecio. No conozco a ustedes personalmente, pero si tengo noticias de sus buenas cualidades, de la limpieza de su familia, y de sus facultades; y por lo mismo me duele más, que por un error, por un engaño, o no sé por qué causa los hayan envuelto en esta rebelión injusta.

El encino no puede producir más que bellotas, y así no es extraño que un chico Hernández, un Tabares, y otros de este jaez sigan la insurrección; pero que los Bravos la hayan abrazado, esto me aturde y me causa la mayor pesadumbre.

Vea usted por su familia, por sí mismo, y por su patria. Duélase usted de su sobrino don José Lugardo, que corrido y

avergonzado no sale del oratorio, y llora sin consuelo la desgracia de ustedes. Duélase usted de sus sobrinas, que se hallan en esta ciudad sumergidas en la miseria. Duélase usted de sí mismo al considerar que le puede tocar la misma suerte que a Hidalgo, Allende y demás que como consta por la *Gaceta* que acompaño a usted y por las cartas de Chihuahua, tuvieron fin en un afrentoso patíbulo. Crea usted que el gobierno está tomando medidas vigorosas y que no pasarán muchos días, sin que un ejército respetable al mando de jefes activos e inteligentes, se presente sobre Chilapa. La suerte de la guerra es varía, la causa que sostienen los soldados del rey es justa, y es de esperar, que Dios apiadado de nosotros la proteja. No se fíe usted de las victorias pasadas, debidas más bien a la desgracia nuestra, que al valor y disciplina de los insurgentes. Tenga, usted presente que Hidalgo también entró triunfante en Valladolid, y Guanajuato, y murió en un cadalso.

Mas quiero que usted no tenga el mismo fin, sino que muera de otro modo. ¿Está usted seguro de que Dios le concederá el auxilio de los sacramentos, o el beneficio de una contrición verdadera? ¡Ah don Miguel! Cuente usted con que la insurrección es en sí malísima, y que no se puede sostener sino con pecados, muertes; robos, odios, desobediencias y otras maldades; y éstos no son medios para conseguir una muerte dichosa, ni menos el cielo, que es recompensa solamente para los cristianos que han seguido las huellas que dejó estampadas nuestro adorable redentor, que son la caridad, la mansedumbre, la paz, el perdón de los enemigos, la humildad, la mortificación y la abnegación de sí mismo. No hay otra senda que conduzca a la verdadera gloria, sino esta que dejó abierta Jesucristo.

Suponga usted que lograrán independenciam, y todos los fines temporales que se han propuesto los que levantaron el grito de la revolución. Esta felicidad durará lo que la vida de

usted que como la de todo hombre, pasa como un relámpago. Seguirá la eternidad, y por toda ella será usted infeliz: allí no pasan esas razones políticas ni esos motivos de conveniencia temporal; no se premian sino las virtudes, cuya alma es la caridad, que es la vestidura nupcial, y el que no va adornado de ella, no es admitido a las bodas del rey de los cielos. ¿Y cree usted que los que sigilen la insurrección tienen caridad?

Si intentan los insurgentes vivir independientes en este mundo, su suerte será en la otra vida la de sufrir las sujeciones y dependencias más aflictivas que se pueden imaginar, los tormentos más atroces, y sobre todo, el de no ver a Dios, que es el mayor de todos. Reflexione usted en estas verdades, que aunque vulgares no por esto dejan de ser indefectibles, y espantosas al que las medita con buena disposición. Ellas han convertido a grandes pecadores.

Óigame usted con docilidad, abrigue en su corazón estas reflexiones de un padre que lo ama en Jesucristo, y le desea todo bien. Crea usted que nadie le puede hablar con la sinceridad, imparcialidad,, y desinterés que yo, que no deseo otra cosa que ganar almas a Dios. ¡Ojalá, que ganara la de usted y la de sus hermanos! ¡Me tendría por más feliz que si conquistara un reino! porque habría cumplido con mi oficio de pescador de hombres, que es de los obispos sucesores de los apóstoles, y tendría este mérito para conseguir el cielo, que es el único que apetezco.

¿Qué detiene a usted para no prestarse dócil a mis consejos? ¿Por ventura el temor del qué dirán? Ese es un temor pueril propio de las almas viles y bajas. Los buenos y sensatos dirán que conoció usted su error, y como hombre racional y partidario de la justicia, lo detestó y abrazó el partido justo; dirán que usted no siguió la insurrección por malignidad de corazón, sino por seducción, o error de cálculo, y así luego que vio la luz, abandonó la mala causa, y se declaró por la buena. Entonces sí, que limpiará usted el

borrón, se llenará, de verdadera gloria, y la patria volverá a usted a su seno y agradecida lo confesará su hijo benemérito.

¿Por ventura el temor de algún castigo, o infamia? Yo aseguro a usted bajo de mi palabra de honor que me constituyo su protector, y su padre, que con mi persona, con mis facultades, y con cuanto valgo lo ampararé. Yo me interesaré con el excelentísimo señor virrey para que conceda a usted y a sus hermanos, no el indulto, sino un olvido absoluto, de suerte que quede usted y sus hermanos como antes de la insurrección. No exijo de ustedes otra condición, sino la justísima y racionalísima de que se aparten de Morelos, ustedes y sus soldados.

Aproveche usted esta ocasión, porque tal vez no se le presentará otra, y si la desprecia tendrá algún día este nuevo motivo de arrepentimiento, pero estéril e infructuoso.

Hágame usted el gusto de leer ésta a sus hermanos, y de no hablar sobre el contenido de ella con otros, porque se han de empeñar en que usted no abrace el partido que le propongo, y el único que puede salvarlo.

Dios ilumine a usted y a sus hermanos para que conozcan lo que les conviene, y les de los auxilios que le pido para que moviéndoles la voluntad, se decidan a seguir la verdad y justicia que les propongo. Puebla, octubre 26 de 1811.- *Manuel Ignacio*, obispo de Puebla.- Señor don Miguel Bravo.

Nota

A esta carta dio Bravo una respuesta que nunca me dirigió, pero la extendió por el sur, las Mixtecas, y otras provincias. Es una contestación vaga, llena de equivocaciones, errores y sandeces. Trata en ella de persuadirme la justicia de su causa y sienta por primer fundamento la ridiculísima especie de

que los europeos tratan de entregar este reino a Napoleón y que por evitarlo han tomado las armas los insurgentes. Dice que cautivo el rey (de cuya existencia, duda mucho) tiene derecho a la América para nombrar un gobierno independiente de la España, sin considerar que el actual está reconocido y jurado; que ellos no roban al rey, que si toman sus caudales es con ánimo de reintegrárselos cuando adquiera su libertad, y que a ellos es responsable la nación; cuando los insurgentes están aniquilando el comercio, la agricultura y todos los ramos de industria, haciendo por sus medidas destructoras imposible el pago de la enorme cantidad de dinero que han robado. Pretende justificar los saqueos que hacen a los europeos y americanos que no siguen su partido, porque en su tribunal los califica de rebeldes y traidores. Ésta es una nueva especie de rebeldía, unos particulares no pueden obligar con las armas a otros a que adopten sus ideas por benéficas que aparezcan; esto es una verdadera tiranía. Por este estilo está concebida toda la carta, de que su autor ha quedado muy satisfecho; y concluye negando las tropelías que se han hecho en las personas de los curas de Ayutla y Cuilutla, que no se atrevió a negar el mismo Morelos, y asegurando que no se ofreció dinero por la cabeza del cura de Chilapa, cuando es un hecho constante.